

Differenz

Revista internacional de estudios heideggerianos y sus derivas contemporáneas

Nº 0: *Semblantes*. Julio, 2014. ISSN: 2386-4877
[pp. 41 – 63]

«Allí arriba, en la amplia proximidad de todas las cosas». Espaciamientos de M. Heidegger [Todtnauberg]

César Moreno-Márquez
Universidad de Sevilla



«...de dépouillement en dépouillement, elle [la hutte] nous donne accès à l'absolu du refuge»
(G. Bachelard, *La poétique de l'espace*)

Que en una circunstancia epocal como la que compartimos, en la que –como en todos los tiempos, ciertamente, pero mucho más *saturadamente*- sufren un terrible acoso y son progresivamente arrasados o menoscabados bienes como la serenidad, el desahogo y la demora meditativa que requiere el pensamiento –y ello debido, como siempre, a circunstancias diversas que atañen a nuestra por lo común ajetreada vida cotidiana, pero especialmente a lo que podríamos llamar el *Infinito Burocrático* (que el mundo académico cada día sufre con creciente malestar, añadiendo leña a su fuego)- explica al menos en parte que el gesto de Martin Heidegger de mantenerse en la *proximidad* de [Todtnauberg]¹, en esa especie de *Logos* que conforman el *Mundo del Campesino*, el *Camino del Bosque*, el *Paisaje* y, especialmente, el Refugio o *Cabaña* [*die Hütte*], construida en 1922 –mucho antes de que pudiera haberse elevado sospecha alguna-, no haya dejado de suscitar interés², e incluso diría que cierta veneración, en justa correspondencia con el anhelo que tantos experimentamos –a mucha honra, ciertamente³- de aquella oportunidad no diré que de “retirada” o “escape”, sino más bien de *espaciamento*, *inspiración* y *demora* que el *ejercicio/goce*-de-pensar requieren. Casi me atrevería a añadir: oportunidad, también, de *desintoxicación*. Poco importaría, en verdad y radicalmente, que aquella proximidad fuese real –de modo que hubiera podido fotografiarse mil veces al *extravagante* sujeto en cuestión (vid. *Paisaje creador*⁴): eremita, anacoreta, renunciante, emboscado..., a saber: el habitante de la cabaña: *Herr Professor Martin Heidegger* o que su verdad profunda transcurriese en el fondo íntimo de una *ensoñación*⁵. Con toda seguridad, Martin Heidegger pasó allí arriba, *fantasmáticamente*, según el orden del Deseo, mucho más tiempo del que en realidad pasó y que una biografía podría pretender calcular más

1. En adelante, escribiré Todtnauberg entre corchetes [Todtnauberg], para intentar no dejar de recordar el espacio “marcado” que supuso para Heidegger lo que de verdad escuchaba cuando escuchaba o se oía a sí mismo decir –pensar o soñar- “Todtnauberg”, o cuando se dirigía a o volvía de o hablaba a otros sobre “Todtnauberg”. No se trata sólo de la cabaña, desde luego, sino de un “todo de conformidad” no *clandestino* (pues quiso compartirlo en muchas ocasiones y no lo ocultó), ni meramente privado, sino íntimo y *microesferoidal* (cfr. Sloterdijk, P., *Esfemas I. Burbujas. Microesferología*, Madrid, Siruela, 2009), que podría pasar a la Historia de la Filosofía, con todos los honores y merecimientos, en un hipotético archivo dedicado a los “Lugares”. Y sin embargo, lo que aquí se trata de pensar es que el Lugar dependía de un espaciamento más profundo y decisivo en el *Denkweg* heideggeriano.

2. Vid. Sharr, A., *La cabaña de Heidegger. Un espacio para pensar* (con fotografías de Digne Meller-Marcovicz), Barcelona, Gustavo Gili, 2006. El lector encontrará en este ensayo sugerencias dignas de ser atendidas.

3. Después de todo, es cierto que experimentar la *penuria de pensamiento* y el acoso a esta penuria sigue siendo algo imprescindible a la propia vida del pensar, así como el reconocimiento de la vulnerabilidad de éste. El paso penúltimo previo a la extinción o a la supresión del pensar es el no poder reconocer nuestra falta de pensamiento y, por tanto, ni siquiera llegar a echarlo en falta.

4. Reproducimos el texto al final del artículo.

5. Cfr., en general, Bachelard, G., *La poética del espacio*, Buenos Aires, FCE, 1991, todo el cap. I. Todas las traducciones serán revisadas.

o menos⁶. En todo caso, en su *des-plazamiento* real o ensoñado⁷ (y en verdad esencialmente sólo hubo *un* des-plazamiento *ritual* repetido, renovado), Heidegger tan sólo fue uno más de “los *huidizos*” (también Ludwig Wittgenstein tuvo su Refugio en Skjolden (Noruega), mucho más radicalmente apartado y “fuera del mundo” que el de Heidegger). Su gesto o su querencia nada tuvieron de originales, en verdad⁸. Lo que sí aportaron fue un cierto estilo y diría que incluso una “escenografía” –modo de decirlo éste que, ciertamente, Heidegger rechazaría con rotundidad⁹- a la que en parte contribuyó un texto como *Schöpferische Landschaft* (vid. al final de este artículo) y, mucho después, las sesiones de fotografía que concedió a Digne Meller-Marcovicz.

No creo que se trate de afirmar que cualquiera que quisiera consagrarse *arrebataudamente*¹⁰ al pensar debiera suponer que sus posibilidades en tal sentido se redujeran a o se dedujesen de la oportunidad de disponer de algo parecido *físicamente* a aquel [Todtnauberg] heideggeriano, o siquiera que debiéramos emularle con estancias esporádicas o prolongadas en algún “aparte”. Era a Heidegger –y casi debería añadirse: tan sólo a él, y seguramente él mismo se sentiría

6. Dice Bachelard que «para el conocimiento de la intimidad, más urgente que la determinación de las fechas es la localización de nuestra intimidad en los espacios. [...] todos los espacios de nuestras soledades pasadas, los espacios donde hemos sufrido la soledad o gozado de ella, donde la hemos deseado o la hemos comprometido, son en nosotros imborrables. Y, además, el ser no quiere borrarlos. Sabe por instinto que esos espacios de su soledad son constitutivos. Incluso cuando dichos espacios están borrados del presente sin remedio, extraños ya a todas las promesas del porvenir, incluso cuando ya no se tiene granero ni desván, quedará siempre el cariño que le tuvimos al granero, la vida que vivimos en la buhardilla. Se vuelve allí en los sueños nocturnos» (*Ibid.*, pp. 39-40). Y un poco más adelante: «Esos valores de albergue son tan sencillos, se hallan tan profundamente enraizados en el inconsciente que se les vuelve a encontrar más bien por una simple evocación, que por una descripción minuciosa [...] El excesivo pintoresquismo de una morada puede ocultar su intimidad [...]. Las verdaderas casas del recuerdo, las casas donde vuelven a conducirnos nuestros sueños, las casas enriquecidas por un onirismo fiel, se resisten a toda descripción. Describirlas equivaldría a *jenseñarlas!* La casa primera y oníricamente definitiva debe conservar su penumbra» (*ibid.*, p. 43). Cfr. Sloterdijk, P., *op. cit.*, p. 85 y ss.

7. Y un *des-plazamiento* que, en verdad, siempre está dialécticamente animado, de modo que “Allí arriba” gana al menos parte de su valor en la tensión con el “Allí abajo” del que es inseparable.

8. No por ser muy conocida la Oda I *A la vida retirada* de Fray Luis de León habría de ser menos memorable y recomendable su relectura.

9. Decía Bachelard que «es preciso rebasar los problemas de la descripción -sea ésta objetiva o subjetiva, es decir, que narre hechos o impresiones- para llegar a las virtudes primeras, donde se revela una adhesión, en cierto modo innata, a la función primera de habitar. El geógrafo, el etnógrafo, pueden muy bien describirnos distintos tipos de habitación. En esta diversidad, el fenomenólogo hace el esfuerzo necesario para captar el germen de la felicidad central, segura, inmediata. En toda vivienda, incluso en el castillo, el encontrar la concha inicial es la tarea ineludible del fenomenólogo. Pero ¡cuántos problemas afines si queremos determinar la realidad profunda de cada uno de los matices de nuestro apego a un lugar de elección! Para un fenomenólogo el matiz debe tomarse como un fenómeno psicológico de primer brote. El matiz no es una coloración superficial suplementaria. Hay que decir, pues, cómo habitamos nuestro espacio vital de acuerdo con todas las dialécticas de la vida, cómo nos enraizamos, de día en día, en un “rincón del mundo”» (Bachelard, G., *op. cit.*, pp. 33-34).

10. Vid. nota 27.

complacido por el reconocimiento ajeno de este inalienable exclusivismo de [Todtนาberg]¹¹- a quien importaba un “*Todtนาberg*” que a nosotros, los de *aquí-abajo*, lo más probable es que no nos significase demasiado o que nos resultase al poco tiempo casi insoportable (¡por no imaginar la casa de Wittgenstein en Skjolden!). En cualquier caso, resulta decisivo dejar atrás cualquier *representación* más o menos pintoresca, y atenerse con rigor a la *necesidad interior* (verdaderamente *congregante*, para el Pensar) de *hacer memoria*¹² de las propias e *íntimas* oportunidades de *espaciamento*, *inspiración* y *demora* que el Pensar requiera –en cada caso. En verdad, sólo es importante la *construcción-del-des-plazamiento* del “[Todtนาberg]” que *cada uno* eligiera construirse. Por lo demás, también es cierto que, por fortuna, esta exigencia es compartida por el pensar que llamamos filosófico con otras experiencias radicales (poética, amorosa, religiosa, etc.), a las que reúne en un mismo *pathos* una experiencia de “*recogimiento*”¹³, término éste quizás más adecuado que los algo impropios, a mi entender, de “*aislamiento*”¹⁴ o “*ensimismamiento*”¹⁵.

11. De aquí que Heidegger se esfuerce por “mantener a salvo” el mundo del campesino frente a quienes, incluso con intención inocente, quisieran acercarse a él. Vid. al final, el texto de Heidegger.

12. «La memoria es la congregación del pensamiento» (Heidegger, M., *¿Qué significa pensar?* (tr. R. Gabás), Madrid, Trotta, 2005, p. 2005, pp. 15, 22, etc. – *Was heibt denken*, Gesamtausgabe 8, Frankfurt, Klostermann, 2002, pp. 5, 13, etc.).

13. Como decía Breton en *En la ruta de San Román*, «La poesía se hace en el lecho como el amor / Sus sábanas deshechas son la aurora de las cosas / La poesía se hace en los bosques / Tiene todo el espacio que necesita / No se grita por las calles / Es inconveniente dejar la puerta abierta / O llamar testigos / El acto de amor y el acto de poesía / Son incompatibles / Con la lectura en voz alta del periódico / La cámara de los hechizos / No señores, no es la Cámara de diputados / Ni los vapores de la recámara una tarde de domingo / Tiene todo el tiempo para ella / El abrazo poético, como el abrazo carnal, / Mientras dura prohíbe toda caída en la miseria del mundo». Amén del testimonio poético, ni que decir tiene que no menos intensos ni veraces serían los testimonios filosóficos. “*Recogimiento*”, por cierto, tiene el decisivo sentido de asumir uno de los significados de *Logos* tal como lo interpreta Heidegger en muchos de sus textos.

14. Quizás debiera revisarse la traducción del término *Vereinzelung* por “*aislamiento*”, como propone A. Ciria en su edición de *Conceptos fundamentales de la metafísica. Mundo, finitud, soledad*, Madrid, Alianza Editorial, 2007 (ed. alemana *Grundbegriffe der Metaphysik. Welt-Endlichkeit-Einsamkeit*, Gesamtausgabe 29/30, Frankfurt, Klostermann, 1983). Me parece más adecuado “*singularización*” o incluso “*individuación*”, por más que estos términos tienen fuertes connotaciones (no más, por otra parte, que “*aislamiento*”, con indudables connotaciones negativas, de modo que resuena casi como “*confinación*”). En su traducción de la obra de Jünger *Der Waldgang* (*La emboscadura*, cit. infra), Andrés Sánchez Pascual traduce “*der Einzelner*” por “*la persona singular*”, que es aquella que se resiste a participar en el gran engranaje, etc. Propiamente, no se trata de “*aislamiento*”, ni tampoco de un “*separarse*”, sino de un “*singularizarse*”.

15. Cfr. Ortega y Gasset, J., *El hombre y la gente*, en *Obras completas X*, Madrid, Taurus/Revista de Occidente, 2010, pp. 139-157.



Refugio de Wittgenstein en Skjolden

Si el *semblante* de Martin Heidegger que se desprende de la proximidad a [Todtnauberg] resulta interesante no es únicamente porque nos muestre un aspecto de la circunstancia humana del pensador, como otras, a base de espaciamentos (*Cabaña, Camino, Paisaje*) en el *des-plazamiento/em-plazamiento* global de [Todtnauberg], sino también porque, por una parte, **(a)** en un terreno metafilosófico, nos invita a adivinar –y casi a empatizar con- su vulnerabilidad, justo en la medida en que también experimentemos (¿y cómo no hacerlo?) aquella necesidad de *Recogimiento* en un espacio-tiempo de *Reserva* frente a la amenaza insidiosa y, sin duda, vengativa de *dispersión, disipación o banalización* procedente de mil frentes o envolturas, y contra la frecuencia de ciertos contactos “tóxicos”, a diestro y siniestro.

Por otra parte, **(b)** a Heidegger, *allí arriba*, se le reconoce más fácilmente –y él mismo se sueña a sí mismo con más intensidad- en *su Resistencia* cuando, ab-sorto, ab-straido, y más *ab-suelto*, se imagina como profeta, vigía y guardián –pastor- del *cuidado por el todo (meleta to pan)*, **(c)** en *la proximidad de todas las cosas*. Lo que lo singulariza no es su gesto, que muchos han emprendido y consumado, sino la modalidad en que lo realizó, y el contenido intrínseco de dicha modalidad en conexión con su propia filosofía.

II

II.1

No creo que las figuras del *eremita*, el *anacoreta* o el *renunciante* pudiesen brindarnos la clave suficiente del semblante heideggeriano que imaginamos poder encontrar *allí arriba*... No lo falsearían por completo, ciertamente, pero serían insuficientes, dejándonos –si se me permite- con la miel en los labios. Extrañamente, en lugar de pretender *apartar(se) del mundo*, es como si la *ascética* heideggeriana quisiera más bien adentrarse *en el mundo*, ganar su *inmanencia* de un modo que no le permitiría al pensador ese “adentro-del-mundo” que tenemos identificado como “cotidianeidad” o “negocio”, sea en el “hombre de la calle” o en el “hombre de mundo” de la Gran Ciudad... Lo decisivo para el pensar sería penetrar la costra óptica y la ajetreada superficie del mundo *allí abajo*. Se hace necesario *estar-adentro-del-mundo*, en verdad, pero *recogidamente*, puede ser que lejos de esto o aquello, de tal o cual, pero *en la proximidad de todas las cosas*... *Mysterium tremendum* de esta inmanencia en el que podría penetrar quien no se resistiera (y son muchos los que se resisten) a tantearlo *filosóficamente*. Y *estar-adentro*, y en todo “lo de afuera”, *como-en-casa*: reduplicación fascinante y entrañable del *mysterium*, como recompensa de su reconocimiento.

II.2

Es una cierta interpretación de la relación entre *Einsamkeit* y *Vereinzlung* –entre soledad y singularización- lo que está en juego en [Todtnauberg]. En *Schöpferische Landschaft* (vid. al final) había dicho Heidegger que

«los hombres de la ciudad se maravillan a menudo de este largo y monótono quedarse solo [*lange, eintönige Allein sein*] entre los campesinos y las montañas. Sin embargo, esto no es ningún mero quedarse solo; pero sí soledad [*Doch es ist kein Allein sein, wohl aber Einsamkeit*]. En verdad en las grandes ciudades el hombre puede quedarse solo [*so allein sein*] como apenas le es posible en cualquier otra parte. Pero allí nunca puede estar a solas [*einsam sein*]. Pues la auténtica soledad tiene la fuerza primigenia que no nos aísla, sino que arroja la existencia humana total en la extensa vecindad de todas las cosas [*Denn die Einsamkeit hat die ureigene Macht, dass sie uns nicht vereinzelt, sondern das ganze Dasein loswirft in die weite Nähe des Wesens aller Dinge*]».

El comienzo de las lecciones sobre *Conceptos fundamentales de la metafísica* [*Die Grundbegriffe der Metaphysik*] resulta bastante esclarecedor al respecto. Aventuro que no se trata sobre todo del *aislamiento*, ni de lo que acostumbramos a llamar *soledad*... ni de nada que pudiera “verse”, sino del hombre *singular, recogido*, no importa si “solo” o “en compañía”. La existencia en la que para Heidegger habría de producirse el *despertar* filosófico es la de un hombre singular... o -si se me permite, y salvando las distancias oportunas, podemos decirlo al estilo de Ortega y Gasset-, la de un hombre que se vive desde “la” (atención: no “su”) *soledad radical*¹⁶, que no se habría de confundir con la mera biografía ni con nada en lo que la *singularización* se pareciera a algo así como el prurito de ser “original” –lo que aún podría ser, por supuesto, muy representable-, sino que se mostrase, dicha singularidad, en la dinámica de lo que en *Sein und Zeit* se llama *Jemeinigkeit*¹⁷: el “ser-cada-vez-mío”, “en cada caso mío” del *Dasein*, siempre expuesto a caer en el olvido o en mil y una distracciones. La *Vereinzlung* en la existencia

«no significa que el hombre se empecine en su yo enclenque y diminuto, que se tienda a sus anchas en esto o aquello que él considere el mundo. Este aislamiento [*Vereinzlung*] es más bien aquel *retiro a la soledad* [*Vereinsamung*] en el que todo hombre llega por vez primera a la proximidad de lo esencial de todas las cosas [*in die Nähe zum Wesentlichen aller Dinge*], al mundo. ¿Qué es esta *soledad* [*Einsamkeit*] en la que cada uno de los hombres será como un único [*Einziger*]?»¹⁸.

16. Ortega y Gasset, J., *¿Qué es filosofía?*, en Obras completas VIII, Madrid, Taurus/Revista de Occidente, 2008, p. 345. También cfr. *¿Qué es la vida?*, en *ibid.*, pp. 417-419.

17. Heidegger, M., *Ser y tiempo* (trad. J. E. Rivera) Madrid, Trotta, 2009, pp. 63-65 (§9) (*Sein und Zeit*, Gesamtausgabe 2, Frankfurt, Klostermann, 1977, pp. 56-58).

18. Heidegger, M., *Conceptos fundamentales de la metafísica*, p. 29 (ed. alemana, p. 8).

II.3

Heidegger creía que *allí arriba*, en aquella especie de *casa/cabaña* o casi *templo* y su entorno podría acontecer la revelación anhelada¹⁹. Nada que ver con la *casa* de abajo, en Freiburg²⁰, ni con *templo religioso* ni *del saber* algunos. Para ello, era imprescindible que a la *Gran Soledad* se le adjutase el más sano de los aburrimientos, el *Aburrimiento Profundo*, capaz –de camino al Ser– de sublimar el *desapego de lo ente*, y una adecuada comprensión de la *Finitud*. La *disciplina* de la Cabaña²¹ debía favorecer, en fin, el “dejar en suspenso” el todo del Ente²², “dejar en suspenso” (*epojé*) sin el que sería más difícil pensar la *Diferencia Ontológica* (acorde al Heidegger posterior a la *Kehre*).

Nada de todo eso sería posible en la Gran Ciudad: tergiversadora y deformante²³, apabullante, masiva, brutal, deprimente, degradada o desternillante, descoyuntante y delirante, vertiginosa, fascinante –a su manera–, seductora y entretenida como un gigantesco *Cabaret-de-moda*. Si ya Heidegger necesitaba alejarse de Freiburg, ¿cómo no iba a necesitarlo respecto a Berlín²⁴? En el fondo, así pues, no se trata sólo de permanecer en la *Provincia*, sino de querer-el-*Pueblo*. Contra lo que pudiera creer el hombre “cosmopolita”, es *allí arriba* donde podrá hacerse verdadero el vínculo entre “en todas partes” y “en casa” –lo anunciamos antes, hace un momento–, que

19. Cfr. Heidegger, M., «Construir, habitar, pensar», en *Conferencias y artículos* (trad. E. Barjau), Barcelona, Ediciones del Serbal, 1994, pp. 127-142 (en especial, p. 141 (ed. alemana: «Bauen, Wohnen, Denken» [1951], en *Vorträge und Aufsätze, Gesamtausgabe 7*, Frankfurt, Klostermann, 2000, pp. 146-164 (en especial p. 162).

20. Cfr. Sharr, A., *op. cit.*, p. 105 y ss.

21. Coincido con A. Sharr cuando sostiene que «aunque Heidegger encontrara sencillo aquel emplazamiento, también percibía su providencial dureza. Describía su relación con Todtnauberg por medio de un vocabulario casi marcial: resistente, poderoso, vasto. Aquí se ve la “curiosa ansia de dureza y de rigor” a la que daban forma las montañas. El Todtnauberg de Heidegger no era el romance de un esteta: era una cancha para el entrenamiento solitario» (Sharr, A., *op. cit.*, p. 68).

22. Incluso puede decirse que este Aburrimiento, junto con la Angustia, hacia el final de la década de los años 20, obran en Heidegger al modo en que debía hacerlo en la fenomenología de Husserl, con extraordinarios rendimientos filosóficos, el “aniquilamiento del mundo” [*Vernichtung der Welt*] que debía permitir el tránsito reflexivo al mundo desconectado. Aburrimiento y Angustia son *epojés* al estilo heideggeriano, es decir, prácticas con vistas a un “dejar en suspenso” que deben permitir el pensamiento y la experiencia de la *diferencia ontológica*.

23. Heidegger, M., *Conceptos fundamentales de la metafísica*, pp. 27-28 (ed. alemana, p. 7).

24. En su correspondencia con Arendt de antes de 1933, Heidegger se refiere a su bajo concepto de la vida académica, sea por estéril o ingrata. Así, por ejemplo, el 21 de Marzo de 1925 le escribe a Arendt: «Pero tal vez el estancamiento sea generalizado en nuestras universidades. Lo que me cuentan ahora de Freiburg es igualmente aterrador. A la postre, sin embargo, sigue siendo más valioso que lo mucho que quizá “pasa” en Berlín» (Arendt, A. y Heidegger, M., *Correspondencia 1925-1975 y otros documentos de los legados*, Barcelona, Herder, 2000, pp. 18). Y el 23 de Agosto de 1925: «La lista, conmigo en primer lugar, ya se encuentra en Berlín. Allí dormiré probablemente un largo sueño invernal y estará sometida a nuevas intrigas y maniobras. Eso sí, si me nombran, la lucha por mi sucesión será aún más feroz. Hay gente que ve en estas cosas el principal atractivo de la existencia de un catedrático» (*ibid.*, p. 44). Y el de 2 de Abril de 1928: «Ayer acepté la cátedra de Friburgo [...] En estos días he experimentado en brevísimo tiempo la diferencia entre Berlín y la Selva Negra; vuelvo a saber a dónde pertenezco» (*ibid.*, p. 60).

Heidegger recuerda de Novalis: «La filosofía es en realidad nostalgia, un impulso a estar en todas partes en casa» (*Die Philosophie ist eigentlich Heimweh, ein Trieb überall zu Hause zu sein*). ¿No es como si, en el fondo, Heidegger quisiera escamotear la *angustia* que recorre desde *Ser y tiempo* hasta *¿Qué es metafísica?*, apostando por un Aburrimiento Profundo capaz de propiciar una dilatación liberadora del pensar y al mismo tiempo solazarse en un remanso de cotidianeidad no alienada hecha de *serenidad, demora y pausa, de confianza, arraigo y refugio, e incluso amistad?*

En su curso sobre *Grundbegriffe der Metaphysik*, Heidegger define la Filosofía como «un pronunciamiento último y una conversación a solas del hombre que lo abarca por completo y de continuo» [*eine letzte Aussprache und Zwiesprache des Menschen, die ihn ganz und ständig durchgreift*]²⁵. Y un poco más adelante, al preguntarse qué significa *Überall*, dice que

«no sólo aquí y allá, tampoco sólo en cada lugar, en todos juntos uno después de otro, sino que estar en todas partes en casa significa: ser siempre y sobre todo en un conjunto. A este “*en un conjunto*” y a su totalidad los llamamos el *mundo*. Somos, y en tanto que somos siempre estamos aguardando algo. Siempre somos llamados por algo en tanto que un conjunto. Este “en conjunto” es el mundo»²⁶.

La Filosofía tiene que hacer posible, pues, que se encuentren ese *Überall* y la finitud a través de la “enfinitización” del ser humano.

«¿Qué es esto en suma: mundo, finitud, aislamiento? ¿Qué sucede allí con nosotros? ¿Qué es el hombre para que en su fondo suceda tal cosa con él? Lo que conocemos del hombre: el animal, el bufón de la civilización, el guardián de la cultura, e incluso la personalidad, ¿es todo esto sólo como una sombra en él de algo totalmente distinto, de eso que llamamos *existencia*? La filosofía, la metafísica, es una nostalgia, un impulso de estar en todas partes en casa, una exigencia no ciega y desorientada, sino que se despierta en nosotros para tales preguntas y para su unidad, tal como las acabamos de plantear: ¿qué es el mundo, la finitud, el aislamiento? Cada una de estas preguntas pregunta en el conjunto. No basta con que conozcamos tales preguntas, sino que se vuelve decisivo si tales preguntas las preguntamos realmente, si tenemos la fuerza para cargar con ellas a lo largo de toda nuestra existencia. No basta con que nos dediquemos a pensar en estas preguntas sólo de modo indeterminado y fluctuante, sino que este impulso de estar en todas partes en casa es a la vez en sí mismo la búsqueda de las vías que les abren a tales preguntas el camino correcto.

25. Heidegger, M., *Conceptos fundamentales de la metafísica*, p. 27 (ed. alemana, p. 7).

26. *Ibid.*, p. 28 (ed. alemana, pp. 7-8).

Para ello se necesita a su vez del martillo del concebir [*Hammer des Begreifens*], de aquellos conceptos de un tipo *primordialmente propio*. [...]

Estos conceptos [los metafísicos] y su rigor conceptual no los habremos comprendido jamás si previamente no somos *arrebatados* [*ergriffen*] por aquello que ellos han de concebir. A este ser arrebatado [*Ergriffenheit*], a despertarlo e implantarlo se dirige el esfuerzo fundamental del filosofar»²⁷.

III

En la medida en que su proximidad a [Todtnauberg] no supone un gesto meramente *romántico* ni *provincianista* ni *ruralista*, sino que posee fuertes connotaciones *críticas*, quizás la figura *metapolítica* del *emboscado* propuesta por Ernst Jünger pudiera en algún momento sernos de utilidad para acercarnos a este semblante de Heidegger-en-[Todtnauberg] que buscamos imaginar y comprender. Un emboscado extraño, no cabe duda, que merecería un lugar aparte, *ad hominem*, porque es cierto que este emboscado, si lo es, se da a conocer, de hecho es muy conocido, incluso, en cierto momento, demasiado –mundialmente conocido–, todos saben que está, que puede estar *allí arriba*... Y además, al final de los sesenta, se deja *fotografiar en lo que más podría representarlo como emboscado*, casi como si se traicionase a sí mismo... haciendo ostentación de su “palacio”, “templo” o *Tonel-de-Diógenes*²⁸.

Arendt fue tal vez quien menos se lo perdonó. Después de que Jaspers comentase con ella la carta que en Junio de 1949 le había enviado Heidegger, Arendt dice a Jaspers que

«esta vida en Todtnauberg, lanzando improperios contra la civilización y escribiendo *Sein* con i griega, en verdad es solamente la ratonera en la que se ha retirado, pues supone con razón que allí sólo habrá de ver a hombres que peregrinan hacia el lugar llenos de admiración; no es fácil que nadie suba a mil doscientos metros de altura para montarle una escena»²⁹.

No sabemos si Heidegger llegó a saber algo acerca de su “ratonera” en boca de Arendt. No importa. Podemos convencernos, sin embargo, de que [Todtnauberg] supuso para él (y de seguro que era lo que a él únicamente le importaba) la oportunidad, el placer, la fuerza, el rigor de *ser singular*, de “separarse”, exiliarse “fuera” pero “interiormente”, siempre provisionalmente,

27. *Ibid.*, pp. 29-30 (ed. alemana, p. 9).

28. Sería provechoso volver a releer algunos pasajes de la *Crítica de la razón cínica*, de Peter Sloterdijk, o al menos las reflexiones que dedica a Diógenes (Sloterdijk, P., *Crítica de la razón cínica*, Madrid, Siruela, 2003, pp. 249 y ss.) no porque Heidegger sea propiamente un Diógenes del siglo XX, sino porque puede ser que ahí, en “Diógenes”, haya algo que re-aprender que conduce a [Todtnauberg].

29. Cit. por Safranski, R., *Un maestro de Alemania. Martin Heidegger y su tiempo*, Barcelona, Tusquets, 1997, p. 433.

al margen, pero no por un mero rechazo temeroso o misantrópico, ni por un regusto o prurito de búsqueda de identidad o autenticidad, o por puro placer de extravagancia. Nada de ello acertaría en el núcleo duro e irrenunciable –el imprescindible– de su propia *experiencia del pensar*. Si “irse al bosque” significara vivir *ocultamente*, ignorado, olvidado, no podría decirse de Heidegger que lo hizo. Nunca se ocultó ni su retirada tuvo nunca el aspecto de ser definitiva. Sin embargo, quizás pudiera decirse que fue un *emboscado*, un *Waldgänger*, en la medida en que aspirando a velar por la posibilidad, en este mundo, del *hombre singular* (Jünger) y de la tarea a la que él creía que se encomendaba su más radical verdad, toda su filosofía responde en buena medida a esta experiencia de *resistencia* frente a un mundo al que, al mismo tiempo que se debe respetar en lo que tiene de “necesario” (como enviado por una Verdad más profunda que sus apariencias o tramas), debe ser cuestionado o interrogado cuando tiende con enormes poderes a interponerse con fuerza frente a la posibilidad de la Gran Experiencia de esa Verdad más profunda –que sólo se deja entreabrir a través de la pregunta por el Ser– que Martin Heidegger anduvo merodeando a todo lo largo y ancho de su *camino del pensar*. Lo extraordinario, y lo que casi sería imperdonable –para muchos, entre los que no me cuento–, sería este *desafío crítico* que envía Heidegger en general y, más hirientemente si cabe, desde el escándalo de su [Todtnauberg] / *Tonel de Diógenes*. Una vez comprendido esto, podemos entretenernos en anécdotas y detalles. Heidegger fue un “*emboscado*”-*a-la-vista*, en la medida en que «un emboscado es, pues, quien posee una relación originaria con la libertad; vista en el plano temporal, esa relación se exterioriza en el hecho de que el emboscado piensa oponerse al automatismo y piensa *no* sacar la consecuencia ética de éste, a saber, el fatalismo»³⁰. Para Jünger, la figura del emboscado no responde a un modo liberal ni romántico³¹: no se trata de fundar escuelas de yoga³², ni de la búsqueda por parte del sujeto de un “puro reino interior”³³. Decía Jünger que

«el lugar de la libertad es completamente distinto de la mera oposición; también es diferente del lugar que la huída puede brindar. “Bosque” es el nombre que hemos dado al lugar de la libertad. En él hay otros medios, unos medios diferentes del “no” que uno escribe en el círculo predispuesto para ello en la papeleta de voto. Desde luego hemos visto que, dada la situación a que se ha llegado, tal vez esté capacitado para irse al bosque, para la emboscadura, nada más que uno solo entre cien. Pero de lo que aquí se trata no es de relaciones numéricas. Cuando se incendia un teatro basta *una* cabeza clara, basta *un* corazón enérgico para contener el pánico de millares de personas que amenazan con aplastarse unas a otras y que se entregan a una angustia propia de animales [...]. Ese hombre no representa una excepción [*keine Ausnahme*],

30. Jünger, E., *La emboscadura*, Barcelona, Tusquets, 1988, p. 60.

31. *Ibid.*, p. 44.

32. *Ibid.*, p. 72.

33. *Ibid.*, p. 76.

no es una minoría selecta. Antes al contrario, se halla oculto en el interior de todos y cada uno de nosotros»³⁴.

Ya no se trataría de el “uno por ciento” como un asunto numérico, sino de “condensaciones ontológicas”³⁵ [*Seinsverdichtungen*] *metapolíticas*.



IV

Algún día habría que explorar el mundo *sensacionario* (más que meramente perceptivo) en el horizonte general de la *Acogida como Wahr-Nehmung* que gozaba Heidegger en [Todtnauberg], entrelazando el juego *fenomenológico-meditativo* entre *Pensar/Percibir*³⁶ y las meditaciones que se desprenderían de los *Paseos y Caminos* en el horizonte del *Logos* sin tacha del Bosque o del Monte, en los que se entrelaza(ba)n la complejidad/simplicidad perceptivas y el esfuerzo físico de pasear³⁷... Y en el terreno del encuentro interhumano, las dimensiones de la *Intimidación/Confianza* con las gentes del pueblo. También Heidegger buscaba

34. *Ibid.*, pp. 69-70.

35. *Ibid.*, p. 46.

36. Como significación originaria, según Heidegger, del *noein* (Heidegger, M., *Introducción a la metafísica*, Barcelona, Gedisa, 1993, pp. 128-130 (ed. alemana, *Einführung in die Metaphysik*, Gesamtausgabe 40, Klostermann, Frankfurt, 1983, pp. 145-147).

37. Bachelard, G., *op. cit.*, p. 41.

a su modo *lo Irrefutable*³⁸, sin merma del Acoger ni del Interrogar, en la Confianza primordial que imperaba en [Todtnauberg], que ninguna gran tormenta podría socavar³⁹. Allí arriba se articulaban perfectamente el *Adentro* y el *Afuera*, lo más *Lejano* y lo íntimamente *Próximo*, el *Transcurso* o el *Devenir* y la *Permanencia*, a diferencia –aventurémolos (pero, ¡quién podría negarlo!)- de las inquietudes, ambigüedades, permanentes malentendidos y controversias canallas de aquel otro *Logos* infame y tramposo (a pesar de ser *Logos*, o por ser *Logos*) de la *Geschichte*, más aparentemente turbio, inextricable, incierto y desestabilizante. Experiencias gratificantes las de [Todtnauberg]: de *simplicidad* y *sobriedad*, de *serenidad*, *recogimiento*, *salvación* (o su sueño) y *resguardo*, de *autosuficiencia* y *soledad creativa*... Todo se reúne allí arriba junto con la experiencia de *fortaleza* que exige –menor que la que exige la Armonía del acontecer histórico⁴⁰. Desde mucho más joven, y de más anciano, recogiendo agua del manantial junto a la Cabaña, Heidegger se siente *ab-suelto* en el *absoluto* (*mayoritariamente perceptivo*, me atrevería a decir) *de la proximidad* de todas las cosas. Se sueña siendo feliz de un modo que la Ciudad –Freiburg o Berlín, pero menos Berlín⁴¹ no se lo permite... ni –insisto- la Historia. Todo un idilio con el *Gran Espaciamento*, la *Lichtung* fundacional, el Pro-Espaciamento o Proto-Espaciamento que lo engendra todo *ilimitadamente* (*Cielo-Tierra*: casi como la línea del horizonte de Chillida), y que recordará que el Aparecer siempre *es más que lo Aparecido*, y que su *Devenir-Permanece*, o su *Permanencia-Deviene*⁴².

Pero no se trata tan sólo de un mundo acogedor de sensaciones⁴³. Allí arriba, Heidegger es conducido o guiado por y hacia experiencias que estimulan sus mejores capacidades como pensador. Si se lee con detenimiento *Schöpferische Landschaft* se comprobará que en buena medida de lo que en este texto habla Heidegger –tomando como excusa el contacto inmersivo

38. Comprenderá el lector que mientras escribía este texto no haya dejado de pensar en, aunque me haya privado de escribir al respecto, la famosa “Estufa” cartesiana. En todo caso, esta referencia a “lo Irrefutable” sería casi un homenaje, o al menos un guiño, al radicalismo cartesiano, a la busca de lo claro, distinto e indubitable, en un tono eminentemente epistemológico, reinterpretado magistralmente, en un orden bien diferente, por Heidegger. Lo dejo apuntado para mejor ocasión.

39. «Cuando en la profunda noche del invierno una bronca tormenta de nieve brama sacudiéndose en torno del albergue y oscurece y oculta todo, entonces es la hora propicia de la filosofía [*dann ist die hohe Zeit der Philosophie*]. Su preguntar debe entonces tornarse sencillo y esencial [*einfach und wesentlich*]. La elaboración de cada pensamiento no puede ser sino ardua y severa [*hart und scharf*]. El esfuerzo por acuñar las palabras [*Mühe der sprachlichen Prägung*] se parece a la resistencia de los enhiestos abetos contra la tormenta». Vid. texto al final.

40. En *Introducción a la Metafísica*, Heidegger sostiene que «el ser no se muestra de cualquier manera porque es *logos*, *armonía*, *aletheia*, *physis*, *phaineszai*. Lo verdadero no es asunto de cualquiera, sino sólo de los fuertes» (*op. cit.*, p. 125 (ed. alemana, p. 142)).

41. Cfr. Simmel, G., «Las grandes urbes y la vida del espíritu», en *El individuo y la libertad. Ensayos de crítica de la cultura* [1903], Barcelona, Península, 1986, pp., 247-248.

42. Cfr. Heidegger, M., *Introducción a la Metafísica*, *op. cit.*, p. 118 (ed. alemana, *op. cit.*, 134).

43. Vid. infra los testimonios al respecto en algunos pasajes de la correspondencia con Arendt.

con la Naturaleza- es de experiencias de *devenir y transformación -ir y venir-*, de un “*contenido*” *crecer y florecer*, pero también de *consistencia, pesadez y dureza*; experiencias de *luminosidad, austeridad, sencillez*, de *murmullo*, y de *vasta noche*.

El pensamiento encuentra allí arriba no sólo su espacio-tiempo *propicio*, sino recursos decisivos. En dos textos de mediados de los años 30 que no tienen como tema [Todtnauberg], Heidegger aprovecha la más mínima ocasión –lo que es todo un síntoma- para volver a convocar su mundo. El más conocido es *El origen de la obra de arte*, con motivo de unas botas pintadas por Van Gogh (¡que obviamente para Heidegger son “de campesino”!), que dan a pensar el modo en que *la cosa* es recorrida, traspasada por el *pensar-del-ser* que se despliega y entraña a su través.

«[...] Un par de botas de campesino y nada más. Y sin embargo...

En la oscura boca del gastado interior del zapato *está grabada* la fatiga de los pasos de la faena. En la ruda y robusta pesadez de las botas *ha quedado apresada* la obstinación del lento avanzar a lo largo de los extendidos y monótonos surcos del campo mientras sopla un viento helado. En el cuero *está estampada* la humedad y el barro del suelo. Bajo las suelas *se despliega* toda la soledad del camino del campo cuando cae la tarde. En el zapato *tiembla* la callada llamada de la tierra, su silencioso regalo del trigo maduro, su enigmática renuncia a sí misma en el yermo barbecho del campo invernal. *A través de* este utensilio pasa todo el callado temor por tener seguro el pan, toda la silenciosa alegría por haber vuelto a vencer la miseria, toda la angustia ante el nacimiento próximo y el escalofrío ante la amenaza de la muerte. Este utensilio pertenece a la *tierra* y su refugio es el *mundo* de la labradora» [las cursivas son más]⁴⁴.

No se llega a [Todtnauberg] sobre todo como el destino final de una huída o escapatoria, sino para encontrar *una oportunidad, una especie de esfera de acogida e inmunidad...* Toda una Tierra prometida.

44. Heidegger, M., «El origen de la obra de arte», en *Caminos de bosque* (ed. a cargo de A. Leyte y H. Cortés), Madrid, Alianza, 1996, p. 27 (ed. alemana, «Der Ursprung des Kunstwerkes», en *Holzwege, Gesamtausgabe* 5, Frankfurt, Klostermann, 1977, p. 19). Vid. también la referencia al cuadro de Van Gogh en Heidegger, M., *Introducción a la metafísica*, pp. 40-41 (ed. alemana, p. 38). Para un comentario un poco más detallado, vid. Moreno, C., *De Mundo a Physis. Indagaciones heideggerianas*, Sevilla, Fénix Editora, 2006, pp. 51-55.

V

La tormenta –si se la puede llamar así- que se abate sobre Heidegger parece no concluir. Con el transcurso del tiempo se le está haciendo asumir, en general, ser uno de los grandes, si no, definitivamente “el” *Gran Imperdonado* de la Historia de la Filosofía. Además, no es demasiado grato de leer, ciertamente, ni tiene tras de sí hordas de jóvenes ávidos de su gratificante lectura. Se le critica o ataca sin miramientos por su vínculo con el “nacionalsocialismo”, por su “jerga”, por su “oscurantismo”, por su “misticismo”, por su vida amorosa/erótica, también (desde luego) por ser genial en tantas ocasiones, y –reconozcámoslo- por dejar con frecuencia esa inquietante sensación de abismo, o al menos de *desasosiego e inasibilidad...* en un mundo (incluso de intelectuales y profesionales del pensamiento) afanado en prender y domar, planificar, escrutar, analizar, consolidar, resolver, responder, resumir... Y parece que tampoco se le habría de perdonar por [Todtนาuberg], del que el *mito* “Martin Heidegger” ya no podría prescindir porque *allí arriba* se encuentra, ¡para ser derribada una y otra vez!, la *Torre de Marfil* del pensador⁴⁵, donde debía acontecer el milagro de un *Logos* que uniese Proximidad y Distancia, “Aquí” y “Todas las Cosas”, Arraigo, Cordura y Soltura, *compostura y absolución*. Y

45. Respecto a las Torres de Marfil, la fenomenología de Gómez de la Serna resulta ser bastante esclarecedora: «¿Es que no saben la fórmula para construir una Torre de Marfil? “Se alquila el último y más barato rincón en los altos de una casa y se coloca una cama, un quinqué, un infiernillo, dos peroles, cuatro platos, un vaso y un cubierto. Nada más. En eso consiste la Torre de Marfil. El pobre escritor pensante malvive escribiendo y escribiendo en su Torre de Marfil, pero sólo los calumniadores dicen “Está encerrado en su Torre de Marfil”. ¡Mentira! El de la Torre de Marfil baja a la calle, come en los figones, tertuliea en los cafés, se entera del sentido de la vida con fuerte avidez. Sólo se aísla en sus horas de creación, pero sobre esta aislación ha dicho tolerantes y nobles palabras el escritor norteamericano Forster: “En resumen, aislarse en la Torre de Marfil puede ser un acto egoísta pero de dos maneras muy distintas. Si tal retraimiento se inspira en nobles motivos, el individuo que busca soledad habrá ganado una pequeña victoria que no sólo él aprovechará, sino que beneficiará a otros individuos en el mundo. Muchos podrán seguir, a su vez, el camino que él indica. En cambio, encerrarse, por miedo a la vida, en la Torre de Marfil constituye un acto de egoísmo estéril, de egoísmo a secas, infecundo. [...] En la Torre de Marfil se metía Shakespeare a escribir sus obras, en su Torre de Marfil Cervantes a escribir el Quijote, y en la Torre de Marfil Poe y en la Torre de Marfil Baudelaire... Unas veces la Torre de Marfil fue la paz de una celda; otras, como en Dostoievski, una gran habitación destartada, pues no podía escribir sino en cuartos anchos y espaciosos en que poderse pasear alrededor de la mesa. Los que hablan de la Torre de Marfil con malevolencia no saben nada, pues sobre la ironía de suponer un lujo el vivir en ese receptáculo o zaquizamí, está el que la Torre de Marfil es una habitación abuhardillada y con el papel desgarrado. Acusan al ideal de egoísmo para desprestigiarlo, sin saber que en las Torres de Marfil se han fraguado las obras más eternamente bienhechoras de la humanidad, las que han sido un incesante consuelo para los seres perdidos en la calle» (Gómez de la Serna, R., «La Torre de Marfil» (1943), en *Una teoría personal del arte*, Madrid, Tecnos, 1988, pp. 248-252).

por supuesto no se le podría perdonar a Heidegger, tampoco, su aislamiento⁴⁶, ni su ratonera ni su trampa⁴⁷.

Lo que se narra sumarisísimamente en la literaridad de *Schöpferische Landschaft: warum bleiben wir in der Provinz?* (vid. infra) es –he intentado mostrarlo casi a vuelapluma– un testimonio de amor y confianza, por una parte, y de recelo y rechazo, por otra. Heidegger ha elegido Freiburg/[Todtnauberg], y se justifica por rechazar por segunda vez el ofrecimiento de una cátedra en Berlín. ¿Cómo dejar atrás, tan lejos, su propio *espacio-absuelto*, su *Microesfera* (Sloterdijk) de íntima cordura, donde le es dado *renacer* y donde la *Confianza Profunda* compensa el *Estar Arrojado* [*Geworfenheit*]? Por más que resultase chocante plantearlo en tales términos, tal vez sería interesante considerar, siguiendo una sugerencia de Bachelard, si acaso lo que en el fondo atraía a Heidegger de [Todtnauberg] no era, para él, que se prodigaba sin miramientos en abismos, angustias y aburrimientos..., un sentido originario de “Cuna” (para deleite de algún lector psicoanalista), de la que quién sabe si su propia biografía (no tengo datos suficientes al respecto) o –sin duda– su pensamiento, le había despojado *experiencialmente*. Los corchetes de [Todtnauberg] harían las veces de los barras de protección de la Cuna de Heidegger, donde encuentra no su primer espacio –en un sentido cronológico–, sino su experiencia de la *acogida* o *acurrucamiento* fundantes de la (ulterior, si se me permite) Apertura de Mundo [*Weltoffenheit*]. La sugerencia, como digo, procede de Gaston Bachelard, cuando dice que

«si nos preguntaran cuál es el beneficio más precioso de la casa, diríamos: la casa alberga el ensueño, la casa protege al soñador, la casa nos permite soñar en paz. [...] La casa es uno de los mayores poderes de integración para los pensamientos, los

46. En una carta que envía Heidegger a Arendt el 10 de enero de 1926, tratando de excusarse ante ella por haberla dejado un poco en el olvido por su *necesidad de aislamiento*, se expresa Heidegger en el sentido de lo que podríamos considerar como el *coraje-por-la-creación* y el precio de “aislamiento” (en este caso aislamiento efectivo) que se ha de pagar. Decía Heidegger: «[...] te he olvidado –no por indiferencia ni porque se hubieran inmiscuido ciertas circunstancias externas, sino porque debía olvidarte y te olvidaré cada vez que tome el camino del trabajo último y concentrado [...]. Y alejarse de todo lo humano y romper todas las relaciones es, en cuanto a la creación, lo más grandioso que conozco entre las experiencias humanas –en cuanto a las situaciones concretas, es lo más infame que a uno puede ocurrirle. El corazón te es arrancado del cuerpo mientras permaneces del todo consciente. Y lo más difícil –este aislamiento no puede disculparse invocando resultados porque no existen criterios para ello y porque no es algo que tenga el mismo valor que prescindir de las relaciones humanas. [...] todo esto se debe soportar –y, además, hablando lo menos posible de ello, incluso a los más íntimos» (Arendt, A. y Heidegger, M., *Correspondencia 1925-1975*, pp. 51-52).

47. En un inmisericorde texto extraído del cuaderno XVII de su *Diario de pensamientos* [*Denktagebuch*], que el editor de la correspondencia entre Heidegger y Arendt incluye como documentación, Arendt reflexiona (agosto o septiembre de 1953) sobre la frase de Heidegger: «La gente dice que Heidegger es un zorro», en el sentido de que Heidegger –pensaba Arendt– carecía de astucia respecto a las trampas en que caía y las no-trampas, así como sobre la circunstancia de que, a juicio de Arendt, el propio Heidegger se había hecho su propia zorrera/trampa, etc. El texto de Arendt es forzado, a mi juicio, pero remito a él al lector si acaso le guía la curiosidad (*ibid.*, pp. 380-381).

recuerdos y los sueños del hombre. En esa integración, el principio unificador es el ensueño. [...] En la vida humana, la casa suple contingencias, multiplica sus consejos de continuidad. Sin ella el hombre sería un ser disperso. Lo sostiene a través de las tormentas del cielo y de las tormentas de la vida. Es cuerpo y alma. Es el primer mundo del ser humano. Antes de ser “lanzado al mundo” como dicen los metafísicos rápidos, el hombre es depositado en la cuna [*berceau*] de la casa. Y siempre, en nuestros sueños, la casa es una gran cuna. Una metafísica concreta no puede dejar a un lado ese hecho, ese simple hecho, tanto más, cuanto que ese hecho es un valor, un gran valor al cual volvemos en nuestros ensueños. [...] La vida empieza bien, empieza encerrada, protegida, toda tibia en el regazo de una casa.

Desde nuestro punto de vista, desde el punto de vista del fenomenólogo que vive de los orígenes, la metafísica consciente que se sitúa en el instante en que el ser es “lanzado al mundo”, es una metafísica de segunda posición. Salta por encima de los preliminares donde el ser es el estar-bien [*être-bien*], en que el ser humano es depositado en un bien-estar [*bien-être*] [traducción corregida por mí] asociado primitivamente al ser⁴⁸. Para ilustrar la metafísica de la conciencia habrá que esperar las experiencias en que el ser es lanzado fuera, o sea en el estilo de las imágenes que estudiamos; puesto a la puerta, fuera del ser de la casa, circunstancia en que se acumulan la hostilidad de los hombres y la hostilidad del universo. Pero una metafísica completa que englobe la conciencia y lo inconsciente debe dejar *dentro* el privilegio de sus valores. Dentro del ser, en el ser de dentro, hay un calor que acoge el ser que lo envuelve. El ser reina en una especie de paraíso terrestre de la materia, fundido en la dulzura de una materia adecuada. Parece que en ese paraíso material, el ser está impregnado de una sustancia que lo nutre, está colmado de todos los bienes esenciales»⁴⁹.

Hacerse-Uno, -En -Con. No hay otra clave de la Gran Sabiduría⁵⁰, a diferencia de la sabiduría pequeña, demasiado humana. Lejos de ser obstáculo, la soledad será un acompañamiento, incluso un medio; más aún: una buena amiga, porque hace verdaderas –lo he dicho repetidamente– una *Proximidad* (opuesta a la perversión del Des-Alejamiento en ciernes en nuestro delirio civilizatorio⁵¹) y un *Arraigo* donde se consuman Pertenencia y Participación. ¿Acaso [Todtนาuberg] no contradice el *Abismo* (*Ab-Grund*)? ¿no tiene un efecto potencialmente

48. Sin duda, Lévinas podría aprestarse a proseguir estas tesis de Bachelard sobre el *chez-soi*. Cfr. *Totalidad e infinito. Ensayo sobre la exterioridad*, Salamanca, Sígueme, 1977, pp. 169-171.

49. Bachelard, G., *op. cit.*, pp. 36-37. He modificado en parte la traducción.

50. Cfr. Heidegger, M., *Introducción a la metafísica*, p. 120 y ss. (ed. alemana, p. 137 y ss.).

51. Cfr. Heidegger, M., «La cosa», en *Conferencias y artículos*, cit. supra, p. 143 («Das Ding», en *Vorträge und Aufsätze*, cit. supra, p. 167).

*compensatorio*⁵²? Martin Heidegger gozó -y tuvo esa suerte- lo que llama Gaston Bachelard *el sueño de la choza*:

«Por ejemplo, en la casa misma, en la sala familiar, un soñador de refugios sueña con la choza, con el nido, con rincones donde quisiera agazaparse como un animal en su guarida. Vive así en un más allá de las imágenes humanas. Si el fenomenólogo llegara a vivir la primitividad de tales imágenes, desplazaría tal vez los problemas referentes a la poesía de la casa. [...] [El escritor] Lleva hasta el fondo ese “sueño de choza” que conocen bien los que aman las imágenes legendarias de las casas primitivas. Pero en la mayoría de nuestros sueños de choza, deseamos vivir en otro lado, lejos de la casa atestada, lejos de las preocupaciones que trae la ciudad. Huimos en pensamiento para buscar un verdadero refugio [...] Ante una luz remota perdida en la noche, ¿quién no ha soñado con la choza, quién no ha soñado, adentrándose aún más en las leyendas, con la cabaña del ermitaño?

¡La *cabaña del ermitaño*! ¡He ahí un grabado *princeps*! Las verdaderas imágenes son *grabados*. La imaginación las graba en nuestra memoria. Ahondan recuerdos vividos, desplazan recuerdos vividos para convertirse en recuerdos de la imaginación. La cabaña del ermitaño es un tema que no necesita variaciones. A partir de la evocación más sencilla “el estruendo fenomenológico” *borra* las resonancias mediocres. La cabaña del ermitaño es un grabado al que perjudicaría un pintoresquismo excesivo. Debe recibir su verdad de la intensidad de su esencia, la esencia del verbo habitar. Enseguida la cabaña es la soledad centrada [...]. Vamos a la extrema soledad. El ermitaño está *solo* ante Dios. Su cabaña es el anticipo del monasterio. En torno a esa soledad centrada irradia un universo que medita y ora, un universo fuera del universo. La cabaña no puede recibir ninguna riqueza de “este mundo”. Tiene una feliz intensidad de pobreza. La cabaña del ermitaño es una gloria de la pobreza. De despojamiento en despojamiento, nos da acceso a lo absoluto del refugio»⁵³.

Sin embargo, convenzámonos de que en verdad nada transcurre en espacio alguno visible. El refugio se torna ahora invisible, se esfuma. El paisaje y los caminos se disipan. No parece quedar nada de lo que estaba (y está) allí. Los turistas se acercan con entusiasmo para ver de cerca aquella pequeña cabaña, pero encuentran un espacio vacío, una planta, un solar.

Sólo en semejante ficción podríamos comprender de veras que, en el fondo del *reducto*, el espaciamento siempre ha sido *interior, invisible*. “Lo que le pasa por la cabeza” o “por el corazón” a *Herr Professor* es suyo..., un estado interior. Si hubiésemos dicho Recogimiento,

52. Cfr. Marquard, O., *Filosofía de la compensación*, Barcelona, Paidós, 2001.

53. Bachelard, G., *op. cit.*, pp. 61-63.

Demora o Inspiración... habríamos podido comenzar a poner los cimientos de nuestro propio [Todtนาuberg], que nos espera. Y a la Filosofía.

* * *

En 1992 escribí un texto titulado *La hechura del mundo. Espacio massmediático y marginalidad de lo cotidiano*, en el que, confrontándome con el vértigo y la saturación que una *Página de periódico*⁵⁴ encontrada al azar conseguía expresar con perfección extrema, intentaba, en la segunda parte del texto, pensar algo así como *una salida*. Hoy habría que precisar, en homenaje a aquel *Peter el Rojo* del *Informe para una Academia*, de Franz Kafka: no la *Libertad*, sino tan sólo *una Salida*. Pensaba entonces en opciones diversas, como el conocido Jardín de Cándido, la Ermita de *Simplicius Simplicissimus*, el Acantilado del sabio en Lucrecio, el Bosque de Jünger... y creía que el mundo de la *vida cotidiana* podía tal vez brindar una posibilidad de salida, una inspiración... Después de los veintidós años transcurridos, sería necio no reconocer que todo se ha tornado mucho más difícil para cualquier margen-de-pensamiento. Nuestra *inmunodeficiencia* amenaza ya de cerca el corazón mismo de la Filosofía, que tiene (también, cómo no) la forma de una *ilusión* – como *confianza* y *esperanza*- que sólo una *resolución* firme y a todas luces generosa y *personal* podría no digo que devolvérsela (sabemos que entre el *ilusionado* y el *iluso* la distancia puede ser ínfima), sino al menos ralentizar su extinción.

ANEXO I

Martin Heidegger

SCHÖPFERISCHE LANSCHAFT:

WARUM BLEIBEN WIR IN DER PROVINZ?

PAISAJE CREADOR:

¿POR QUÉ PERMANECEMOS EN LA PROVINCIA?⁵⁵

«En una abrupta cuesta de un amplio y alto valle de la Selva Negra se levanta un pequeño refugio de esquiadores a 1.150 m. de altura sobre el nivel del mar. Su planta mide de 6 a

54. Moreno, C., «La hechura del Mundo. Espacio massmediático y marginalidad de lo cotidiano», en *ER. Revista de Filosofía* 15 (1992), pp. 82-113. La página de periódico, del Diario 16, en Agosto de 1992, puede encontrarse en Moreno, C., «Logos/Collage. Ensayo sobre el espacio neutro y el arte de lo inverosímil», en *Fedro. Revista de Estética y teoría de las Artes* 11 (2012), p. 31 (<http://institucional.us.es/fedro>).

55. Heidegger, M., «Schöpferische Landschaft: warum bleiben wir in der Provinz?», en *Aus der Erfahrung des Denkens*, Gesamtausgabe 13, Frankfurt, Klostermann, 1983, pp. 9-13. La traducción la tomo de Jorge Rodríguez, *Eco* (Bogotá), VI-5 (1963), pp. 472-476. He accedido a ella por medio de http://www.heideggeriana.com.ar/textos/en_provincia.htm (*Heidegger en castellano*, web realizada por H. Potel).

7 m. El bajo techo recubre tres cuartos: la cocina, el dormitorio y un gabinete de estudio. En el estrecho fondo del valle y en la ladera opuesta, igualmente abrupta, yacen dispersos los cortijos de los campesinos, ampliamente emplazados, con el gran techo que pende sobre ellos. Cuesta arriba se extienden las praderas y las dehesas hasta el bosque con sus viejos, enhiestos y oscuros abetos. Todo lo domina un claro cielo soleado en cuyo resplandeciente espacio dos azores se elevan trazando círculos.

Este es mi mundo de trabajo visto con los ojos mirones del huésped o del veraneante. Yo mismo nunca miro realmente el paisaje. Siento su transformación continua, de día y de noche, en el gran ir y venir de las estaciones. La pesadez de la montaña y la dureza de la roca primitiva, el contenido crecer de los abetos, la gala luminosa y sencilla de los prados florecientes, el murmullo del arroyo de la montaña en la vasta noche del otoño, la austera sencillez de los llanos totalmente recubiertos de nieve, todo esto se apiña y se agolpa y vibra allá arriba a través de la existencia diaria. Y, nuevamente, esto no ocurre en los instantes deseados de una sumersión gozosa o de una compenetración artificial, sino, solamente, cuando la propia existencia se encuentra en su trabajo. Sólo el trabajo abre el ámbito de la realidad de la montaña. La marcha del trabajo permanece hundida en el acontecer del paisaje.

Cuando en la profunda noche del invierno una bronca tormenta de nieve brama sacudiéndose en torno del albergue y oscurece y oculta todo, entonces es la hora propicia de la filosofía. Su preguntar debe entonces tornarse sencillo y esencial. La elaboración de cada pensamiento no puede ser sino ardua y severa. El esfuerzo por acuñar las palabras se parece a la resistencia de los enhiestos abetos contra la tormenta.

Y el trabajo filosófico no transcurre cual la apartada ocupación de un extravagante, sino que tiene una íntima relación con el trabajo de los campesinos. Mi trabajo se asemeja al del joven campesino cuando sube la pendiente remolcando el trineo de montaña y luego, una vez bien cargado con leños de haya, lo dirige a su cortijo en peligroso descenso; al del pastor cuando con su andar lentamente meditabundo arrea su ganado pendiente arriba; al del campesino cuando en su cuarto dispone en forma adecuada las innumerables tablillas para su techo. Allí arraiga su inmediata pertenencia a los campesinos.

El hombre de la ciudad piensa que “se mezcla con el pueblo” tan pronto condesciende a entablar una larga conversación con un campesino. Por las tardes, cuando durante la pausa del trabajo me siento con los campesinos en torno de la estufa o en la mesa junto del rincón donde está la imagen del Señor, casi nunca hablamos. En silencio fumamos nuestras pipas. Entretanto quizá cruza una palabra. Que el trabajo se termina en el bosque, que en la noche anterior se metió una marta en el gallinero, que posiblemente mañana una vaca parirá, que el campesino Oehmi ha tenido un ataque, que el tiempo pronto “se muda”. La íntima pertenencia del propio

trabajo a la Selva Negra y sus moradores viene de un centenario arraigo suabo-alemán a la tierra que nada puede reemplazar.

Al hombre de la ciudad una estadía en el campo, como se dice, a lo más lo “estimula”. Pero la totalidad de mi trabajo está sostenida y guiada por el mundo de estas montañas y sus campesinos. Ahora, mi trabajo allá arriba se ve interrumpido a menudo por largo tiempo debido a gestiones, viajes para dictar conferencias, discusiones y la actividad docente aquí abajo. Pero tan pronto retorno arriba se aglomera, ya desde las primeras horas de estadía en el albergue, todo el mundo de las antiguas preguntas y, por cierto, en el mismo cuño con que las dejé. Sencillamente soy trasladado al ritmo propio del trabajo y, en el fondo, no domino en ningún caso su ley oculta. Los hombres de la ciudad se maravillan a menudo de este largo y monótono quedarse solo entre los campesinos y las montañas. Sin embargo, esto no es ningún mero quedarse solo; pero sí soledad. En verdad en las grandes ciudades el hombre puede quedarse solo como apenas le es posible en cualquier otra parte. Pero allí nunca puede estar a solas. Pues la auténtica soledad tiene la fuerza primigenia que no nos aísla, sino que arroja la existencia humana total en la extensa vecindad de todas las cosas.

Es posible convertirse fuera en una “celebridad” en un santiamén mediante los periódicos y revistas. Este es siempre, por cierto, el camino más seguro por el que el querer más auténtico sucumbe al malentendido y llega al olvido profunda y rápidamente.

Por el contrario, la memoria campesina tiene su fidelidad sencilla, segura e incesable. Hace poco le llegó la hora de la muerte a una campesina allá arriba. Ella conversaba conmigo a menudo y de buena gana, y me enseñaba viejas historias del pueblo. En su lenguaje enérgico y lleno de imágenes conservaba todavía muchas palabras viejas y diversas sentencias que habían llegado a ser ininteligibles para los actuales jóvenes del pueblo y, así, han desaparecido del lenguaje vivo. Todavía en el año pasado, cuando yo vivía solo semanas enteras en el refugio, esta campesina, con sus 83 años, subía a menudo la abrupta cuesta que conduce a él. Quería ver, como decía, si yo todavía estaba allí y si no me había robado de improviso “algún duende”. La noche que murió la pasó conversando con sus parientes y, hora y media antes de su fin, envió todavía un saludo al “señor profesor”. Tal recuerdo vale incomparablemente más que el más hábil “reportaje” de un periódico de circulación mundial sobre mi pretendida filosofía.

El mundo de la ciudad está en peligro de sucumbir a una falsa creencia corruptora. Una impertinencia muy ruidosa y muy activa y muy delicada parece, a menudo, preocuparse por el mundo y la existencia del campesino. Pero con ello se niega precisamente lo que ahora sólo hace falta: mantener la distancia de la existencia campesina; abandonarla -ahora más que nunca- a su propia ley; ¡fuera las manos!; para no arrastrarla en una falsa habladuría de literatos sobre lo popular y el amor a la tierra. El campesino ni quiere ni necesita en ningún

caso esta exagerada amabilidad ciudadana. Lo que ciertamente necesita y quiere es el tacto reservado respecto a su propio ser y a su independencia. Pero muchos de los procedentes de la gran ciudad y de los transeúntes -y no en último término los esquiadores- se comportan a menudo en el pueblo o en la casa del campesino como si se “divirtieran” en sus salones de recreo de la gran ciudad. Tal ajeteo destruye en una noche más de lo que puede fomentar jamás un adoctrinamiento científico de varios decenios sobre lo popular y las costumbres y usos del pueblo.

Dejemos toda intimación condescendiente y todo falso culto de lo popular; aprendamos a tomar en serio allá arriba aquella existencia sencilla y dura. Sólo entonces nos podrá volver a decir algo.

Hace poco recibí la segunda llamada a la Universidad de Berlín. En una ocasión semejante me retiro de la ciudad a mi refugio. Escucho lo que dicen las montañas, los bosques y los cortijos. En esto vengo a donde mi viejo amigo, un campesino de 73 años. En los periódicos ha leído sobre el llamado a Berlín. ¿Qué irá a decir? Lentamente desliza la segura mirada de sus claros ojos en los míos, mantiene los labios fuertemente apretados, me coloca su mano fielmente circunspecta sobre el hombro y sacude su cabeza en forma apenas perceptible. Esto quiere decir: ¡irrevocablemente no!».

ANEXO II

ALGUNOS TESTIMONIOS SOBRE TODTNAUBERG EXTRAIDOS DE LA CORRESPONDENCIA CON HANNAH ARENDT⁵⁶

21 de Marzo de 1925

«Aquí arriba se ha hecho un invierno magnífico, y he podido hacer salidas maravillosas y reanimadoras.

Pero desde hace una semana he vuelto a enfrascarme en el trabajo, y ya nos preparamos para volver al valle el 24 de marzo.

A menudo deseo que te recuperes tan bien como yo lo he hecho aquí arriba. La soledad de las montañas, el curso tranquilo de la vida de los montañeses, la proximidad elemental del sol, de la tempestad y del cielo, la sencillez de una huella perdida en una pendiente amplia y cubierta de una gruesa capa de nieve –todo ello aleja de verdad el alma de toda la existencia

56. Arendt, A. y Heidegger, M., *Correspondencia 1925-1975 y otros documentos de los legados*, Barcelona, Herder, 2000.

despedazada y desmenuzada por la cavilación.

Y este es el suelo natal de la alegría pura. Uno no necesita lo “interesante”, y el trabajo posee la regularidad de los golpes lejanos de un talador en el bosque alpino»⁵⁷.

2 de Agosto de 1925

«Y mis montañas han de proporcionarme calma, silencio y energía para que todo resulte tal como lo llevo dentro».⁵⁸

23 de Agosto de 1925

«Mi estadía aquí arriba me proporcionó primero un descanso maravilloso y luego me dio un horrible resfriado [...]

Ahora se ha cernido una densa niebla sobre las montañas –después de que ayer aún hiciera un sol radiante y se viera toda la cadena de los Alpes desde los altos de Berna hasta el Montblanc.

Vuelvo a vivir aquí con la naturaleza y con el suelo natal y percibo, por así decirlo, cómo crecen los pensamientos. También resulta maravilloso meditar mientras paseo entre los abetos rojos. Muy de vez en cuando me encuentro con algún leñador –veraneantes y cosas por el estilo no existen por estos pagos. Conozco cada vereda del bosque, cada pequeño manantial, los pasos de los ciervos –o el lugar donde se juntan los urogallos.

En un ambiente así el trabajo posee otra consistencia que si uno se mueve entre profesores intrigantes y reñidos entre sí»⁵⁹.

14 de Septiembre de 1925

«Aquí arriba ya se ha instalado el otoño con noches frías y días maravillosamente soleados. Me he sumergido con mucha energía en mi trabajo y puedo atacar las cosas sin las trabas debidas a la profesión. Esta vez le tengo terror al semestre –no sólo porque significará más papeles, sino porque me arranca de la producción [...]

57. *Ibid.*, pp. 17-18.

58. *Ibid.*, p. 42.

59. *Ibid.*, p. 43.

Ya he olvidado qué aspecto tiene el “mundo”, y me sentiré como un montañés que baja por primera vez a la ciudad. Pero en esta soledad, capaz de producir fuerzas que uno no creía posibles, las cosas humanas también resultan más sencillas y fuertes y pierden su elemento más funesto –la cotidianeidad [...] A menudo, cuando estoy muy cargado, me voy de un salto a la montaña más próxima y dejo que la tempestad breme en torno a mis oídos. Necesito la proximidad de la naturaleza; y cuando, cosa esta que ocurre con frecuencia, contemplo a las dos de la madrugada, al finalizar mi trabajo, la calma del valle desde arriba y siento el cielo estrellado cerca de él –entonces sólo soy actividad y vida [...]

Vuelvo a estar fabulosamente entrenado para la montaña y me sentiré raro cuando vuelva a transitar pesadamente por la llanura.

En estos precisos instantes toda la cadena de los Alpes desde el Montblanc hasta los altos de Berna se sume en el sol del atardecer. Si fuera verano, auguraría mal tiempo. Pero aquí arriba hemos quedado a salvo, si descontamos unos cuantos días tormentosos»⁶⁰.

60. *Ibid.*, pp. 45-47.